

"El Corresponsal de París"

(Hoja autógrafa semanal para el servicio de la prensa hispano-americana)

Redacción y Admón: 37 rue Mambenge
París.

Año III. - Num. 117.
París 3 de Agosto de 1890.

Sumario. - Ojeada a la situación: Calma cliché. Las vacaciones. Negociaciones interrumpidas. - Extranjero: Un canciller en peligro. El emperador Guillermo. Lo de América. - Miscelánea: Congresos, libros y tribunales. Una nueva catástrofe ~~fiesta republicana en el Hotel Continental~~ Not de la fin.

El monstruo sin entrañas duerme; dejémosle reposar. Esto podríamos decir de la política interior de Francia a juzgar por el marasmo que se experimenta en los actuales momentos, que lo son de verdadera fatiga para los cronistas y corresponsales, rebuscadores sempiternos, de sensaciones nuevas y de sucesos de relativa importancia.

Desde que los calores estivales empezaron a dejarse sentir, no sin haber andado en ello muy reacios como si se tratara en realidad de prescindir este año de la estación veraniega, los círculos políticos, propiamente dichos, han quedado poco menos que completamente desiertos; los periódicos, faltos de novedad y, por consiguiente, de interés, han tenido que acudir al repertorio ya gastado de los lugares comunes, inventando canards a diestra y siniestra para mantener en estado latente la expectación del público; y, lo que es más, los padres graves del Parlamento, sin aguardar la fecha oficial de las vacaciones, se han adelantado ya al cierre del Palacio de la representación nacional y han dado el grito revoltoso de "sálvese quien... quiera" abandonando precipitadamente la ciudad-lumière para entregarse al dolce far niente del verano en provincias, a guisa de escolares que anticipan el fin de curso saliendo en tropel de las aulas y liceos para prolongar de unos cuantos días el esperado asueto de las soñadas y voluptuosas vacaciones.

Poco interesante sería para nuestros habituales lectores el que fuéramos a relatar lo que las Cámaras han

(2.)
hechos estos últimos días. Como apenas había el número su-
ficiente de diputados y senadores para tomar legalmente
acuerdos, dicho se está que ningún debate de importancia
se ha suscitado ni se ha tratado ningún asunto que me-
rezca siquiera los honores de una mención en nuestra cró-
nica. — Una cuestión de mucha trascendencia ha quedado
sin resolverse, después de todo, y la prensa unánime se
pregunta con extrañeza cómo ha podido llegarse a las
vacaciones parlamentarias — que definitivamente empiezan
a partir del jueves próximo — sin que aquella haya que-
dado de todo en todo resuelta: la cuestión de Lanzibar.

Las negociaciones diplomáticas entabladas por
el ministro de negocios extranjeros Mr. Ribot están — eso
si nos consta — en excelente camino, y podemos desde lue-
go asegurar, sin temor de que los hechos nos desmientan, que
Francia ha de recabar para sus justas reclamaciones ente-
ra y cabal satisfacción. Inglaterra, como ya tenemos di-
cho en crónicas anteriores, ha reconocido lealmente que ha-
bía faltado a las obligaciones del derecho internacional es-
crito tratando con Alemania la cuestión del protectorado de
Lanzibar sin pasar antes por el asentimiento de Francia,
y se halla perfectamente dispuesta a hacer a esta última
toda clase de compensaciones, dentro de lo racional y de
lo equitativo. ¿Cuáles serán esas compensaciones? No se
sabe todavía; pero nadie ignora ya, a la hora presente,
que aquellas serán importantes. Se preguntará quizás
que por qué el asunto no se halla resuelto todavía, una
vez que el principio de la compensación ha sido acepta-
do desde el comienzo por Inglaterra. En esto, precisamen-
te, consiste todo el secreto de la diplomacia inglesa. El
pueblo inglés, y los políticos ingleses, y los diplomáticos in-
gleses no saben prescindir nunca del regateo. Comerciantes
antes que todo y en todas ocasiones, no dan un paso, ni ha-
cen la más pequeña concesión sin discutir antes los más
insignificantes detalles, siempre en la esperanza de sacar
algo en provecho propio, aun en aquellas cuestiones en
que la razón no está de su parte. De ahí que la diplo-
macia inglesa obre con tanta lentitud siempre que ha
de batirse con una rival poderosa. Dar largas al asunto
para obtener alguna rebaja del adversario con sus dilaciones.
En cambio — ¡y qué bien retrata esto a la pérfida Albion! —
véase el proceder que emplea Inglaterra cuando trata
con un adversario de poca importancia. Conteste Portugal
por nosotros.

+ +

Dirijamos una ojeada al extranjero y veamos cuáles son las novedades de más sensación que registra la crónica de esta última semana.

Una noticia ha circulado por toda la prensa europea que ha causado una cierta impresión, si bien no ha obtenido todavía confirmación absoluta. Crispi, el pobre Crispi, el minúsculo canciller como algunos le llaman, ha caído en desgracia. No es que haya desmerecido a los ojos de su soberano, no. El rey Umberto le tiene todavía en grande estima; Bismarck, el gran canciller de veras, caído y todo, le distingue con su amistad. En cambio el emperador Guillermo, que en su temperamento vivo y en su espíritu bullidor y movido todo lo ve y en todo se fija, hasta en los más pequeños pormenores, ha descubierto que el bueno de Crispi ^{continuaba} sosteniendo con el ex-canciller del imperio una correspondencia quizás harta cordial y seguida, y parece que ha debido manifestar al monarca italiano la necesidad de obligar al antiguo garibaldino a que presente la dimisión de ministro de negocios extranjeros, acaso para obligarle con ello a que con mayor facilidad se retire de la presidencia del Consejo de ministros.

Repetimos que la noticia no ha sido confirmada todavía; pero, aunque la cosa es de suyo bufa y absurda, no nos cogería de sorpresa que el mejor día viéramos el hecho que se anuncia consumado. El emperador Guillermo, como jefe indiscutible de la triple alianza, está acostumbrado a verse complacido, ya que no obedecido, en cuantas insinuaciones hace relativamente a la política internacional, y si realmente cree que la amistad de Crispi con Bismarck puede ser un peligro para los secretos de la triple alianza, el emperador no se parará en barras, y obligará al rey Umberto a separarse de su primer ministro, como él mismo se separó del gran canciller del imperio tan luego como creyó que el temperamento de uno y otro, es decir, la manera de sentir y pensar de Mr. Bismarck y la suya propia, eran absolutamente incompatibles.

+ +

Lo más importante, lo único realmente importante de la crónica extranjera de estos días, es el desenlace imprevisto que ha tenido la revolución estallada recientemente en Buenos-Aires. Insistimos en calificar el hecho de revolución en vista del ridículo prorrito con que algunos periódicos de por acá, que lucen siempre por la obscuridad

De sus informaciones, han venido calificando de motín o pronunciamiento el hecho revolucionario llevado a cabo en la capital de la República Argentina.

Prescindiendo de que la cifra enorme de 1000 muertos y 5000 heridos que han tenido los combatientes prueba ya de suyo que la cosa fue algo más que un motín, hay que juzgar el movimiento por las causas que lo motivaron, y solo así podrá aplicársele el calificativo que merece, con pleno conocimiento de la verdad que se agita en el fondo de aquel drama revolucionario. — Nosotros, por circunstancias especiales que no nos es dable revelar, estamos, por decirlo así, en el secreto de lo ocurrido en la hermosa ciudad de las riberas de la Plata y podemos asegurar de una manera absoluta y categórica que aquello no fue, como algunos pretenden, uno de tantos pronunciamientos de cuartel a semejanza de los que suelen ocurrir de cuando en cuando en el viejo continente, sino una manifestación revolucionaria realizada con objeto de derribar del poder al actual presidente Sr. Irarrazabal, a quien, y a los secuaces que le rodean y sostienen, se debe el malestar económico que se siente en la República Argentina, malestar económico hijo de los despilfarros a que uno y otros se han entregado en estos últimos tiempos y que a la hora presente toca ya en las lindes de la bancarrota.

Nos falta espacio para probar lo que decimos, pero quizá otro día, con más tiempo, nos decidamos a resumir lo que sabemos acerca de las verdaderas causas que han producido el último movimiento revolucionario de Buenos Aires. Hoy diremos únicamente que ese movimiento no tenía sus raíces en ningún partido político; que ha sido una explosión del sentimiento público contra la política de concesiones y despilfarros seguida hasta hoy por el actual presidente y los parientes y amigos que le sostienen; y que si el Sr. Irarrazabal no se decide a abandonar la presidencia, el llamado motín se reproducirá en breve y entonces, a pesar de la epifanía vencedora del general Roca en su día, que en esta ocasión le ha defendido con fortuna, la cosa podría resultarle verdaderamente cara.

+ * +

Apenas terminado el Congreso de la Paz celebrado con gran entusiasmo en Londres, otro Congreso se prepara en Berlín destinado a ensalzar los progresos de

una importante rama de la ciencia. Nuestros lectores adivinarán sin duda que nos referimos al Congreso internacional de medicina, cuyas sesiones deben haber ya dado comienzo en el momento de escribir estas líneas. Para fijar toda la importancia que tiene esta asamblea, no diremos sino que solo de Francia han ido a Berlín más de doscientos profesores, entre ellos las notabilidades médicas más importantes de París. Los unos, los del Congreso de la Paz de Londres, buscaban los medios de combatir al monstruo de la guerra; los otros, los del Congreso de medicina de Berlín, se reunen para curar los males de la humanidad y batir a la muerte en sus últimas trincheras. Unos y otros persiguen un ideal profundamente moral y humanitario; pero imposible; ay! como el hallazgo de la piedra filosofal. La guerra y la muerte acompañarán al hombre mientras subsista la raza humana en la superficie del planeta, y cuantos trabajos hagan los hombres para hacer imposible la una o para atenuar o aniquilar la otra, servirán para atenuar sus efectos, quizá, en un momento dado; mas no lograrán, no, extinguirlas por completo, pues está escrito que las causas coexistan con el hombre hasta la consumación de los siglos.

El tribunal de París encargado de entender en el proceso del asesinato de Gouffé está terminando su cometido, y a no tardar se verá el asunto ante los Assises. La culpabilidad de Eyraud y de su cómplice Gabriela Bonnard está perfectamente establecida y comprobada. El veredicto, pues, está en todos los labios; pero... hay una mujer mezclada en el proceso, y en este país, en que la mujer lo domina todo, los fallos no se dictan siempre con arreglo a los códigos escritos, sino siguiendo los impulsos e influencias de los códigos del sentimiento.

Libros? Hace mucho tiempo que no hemos dicho una palabra que se refiera al movimiento bibliográfico de esta capital. ¿Se ha publicado tan poco bueno! El relato de Stanley de su viaje al África central en busca de Emin-Bajá; un curioso libro, un verdadero hallazgo, de Stendhal, y una recopilación - trozos selectos - de Mr. Renán: he lo aquí todo. Se ha publicado, eso sí, un verdadero enjambre de pésimas novelas del género naturalista o decadente; pero ¿vale siquiera la pena de mentar sus títulos? De sus autores no hablamos: es preferible no nombrarlos para que ^{la} literatura no sufra un valido o no se uniera del susto.

La nota horrible de la semana - siempre la misma nota! - ha sido la catástrofe de las minas de Saint-Etienne. Siempre las víctimas del deber, siempre los pobres obreros.

Arturo Viar del Orviz.

Modas parisienses

El blanco y negro, mezclados con frecuencia; el heliotropo indeciso; el gris en todos sus matices; el vellorí en todos sus tonos; el violeta desde el malva y el lila hasta el avinatado..., todo esto forma la gama en la cual señoras y señoritas buscan lo que puede agradarles y armonizar, como tono, con el color de su tez y con el carácter de su fisonomía.

Atendase á esto una sencillez de corte y de forma que parece evocar, así como suena, el modo de vestir de las primeras edades. Esta sobriedad de adorno no durará quizá mucho tiempo; pero actualmente está de moda y es signo de buen gusto; no puede negarse. — Apenas si se ve otra cosa que faldas rectas, á menudo sin el menor adorno, á menudo también adornadas en su parte inferior de una gruesa rucha. Algunas veces colocanse tiras de terciopelo, pequeñas ó grandes, en listras empinadas de cinco á siete; pero este género ha caído en la vulgaridad, y, por mi parte, yo prefiero de mucho esas bandas rayadas de dos tonos, á veces multicolores, que se colocan así con acierto descuido en los bordes inferiores de las faldas lisas: esas bandas, sin dejar de embellecer el vestido, le imprimen un aire de négligé que cuadra perfectamente con el gusto actual y con la estación que atravesamos.

Entre las toilettes para campo y escursiones, he notado un precioso traje en muselina de lana color violeta-obispo, salpicada de flores blancas. Cuello cruzado, guardado de un cuello crema en quipur antiguo. Mangas anchas en lo alto, sujetas ó retenidas en un punto igualmente de quipur. Falda lisa por delante, guardada de tres listras de quipur y cayendo por detrás en pliegues rectos. Sombrero de crin blanco guardado de dos pequeños lazos de terciopelo negro y adornado con cintas violeta y plumas blancas.

Las toilettes de Casino ó sociedad continúan luciendo mucho de color marfil, ya sea en velo ó bien en encaje; á menudo también con el uno y el otro mezclados. Algunas veces van esos vestidos realzados con lazos de tono uniformemente crema.

Stella.

(Paris - Agosto - 1890)